

tiene su importancia y no escasa, pero sólo secundaria, pues siempre éste está subordinado el sistema de enseñanza. Prueba de ello es que, aunque no con frecuencia, se ven profesores muy bien dotados y no obstante impotentes para desarrol- una labor provechosa, debido, en forma exclusiva, a los sistemas en uso que casi nunca contemplan las necesidades auténticas del estudiantado. No es de admirarse, entonces, del fracaso de la enseñanza, sobre todo de la secundaria y universitaria. Esto de imaginarse que la enseñanza es cuestión de profesorado es igual como si pensáramos que el problema económico o político fuera cuestión de hombres, bastando cambiar a éstos para que se solucionara...

Más adelante dice don Eduardo de Salterain: «La educación es deleznable e insubstancial cuando no tiene la íntegra percepción de la realidad».

Nos parece una observación exacta. Como la enseñanza es un problema que depende del económico y como el sistema económico capitalista no tiene una percepción íntegra de la realidad, consecuentemente, la enseñanza actual tampoco puede tenerla. De aquí el fracaso de ésta como el fracaso del capitalismo.

Hay que ir a la esencia del mal para estirparlo, dice Perogrullo. Es inútil pretender transformar sus ramificaciones, si aquella queda intacta. Desgraciadamente, esto no se ha hecho hasta aquí.—*Arturo Troncoso.*

POESIA

EN MEMORIA DE APMANDO ULLOA,
AUTOR DE «POEMAS DE LA TIE-
RRA Y OTROS POEMAS».

¡Por Dios te ruego,
|marinero,
dígame ora ese
|cantar!

Yo no digo esta
canción
sino a quien con-
|migo va..

ROMANCE.

El poeta.

El poeta nació a la vera de los años, junto al mar cuya brava canción ahonda unas rocas de sueño. Un día de Enero—desde su huida que transcurre el tiempo—cuando el campo sureño entra en las moradas y los pájaros saben ya su cantar, el poeta salió en silencio, como si olvidara que se iba para siempre. Porque las puertas de la casa venían abriéndose desde la primavera, como las gargantas de los pájaros. ¿Lo llamaban desde lejos? ¿Se fué con las ondas? Porque

Iba la barca azul, cursando el río,
y se perdió en el mar.

Tenía la vida a flor de piel. ¡Era tan fácil arrancársela! Y la muerte sabía que trizaba el más claro espejo de la naturaleza. Por eso le hincó su garra, por eso se lo llevó temprano. Halló que era temerario dejar pendiente de unos labios infantiles el secreto de la bondad de los campos.

La heredad ya sabe
que no volverá.
El adolescente
no cantará más.

La tierra generosa acuna a los hombres, participa en su andar tortuoso, y un día, agrandando el surco, como a semillas de cielo los recibe. Espera que caigan igual que frutos vencidos para revelarles el ritmo del orden. Pero a veces los busca en vida, les habla sin verbo, y con amor vigila la luz de su voz inaudible. No ahueca el surco cuando van a ella, les hace un nido.

Gimió la conseja
de la agorería.
Tocaba las puertas...
Nadie lo creía!

Cantaban los árboles
sin saber cantar,
soñaban los pájaros
sin saber soñar.

El sentido del mundo transita como las estaciones y siempre hay una voz que lo hace palpable y quiere volverlo imperecedero. El alma perentoria del poeta crea la eternidad de todo lo fugaz. La imagen, que es inmersión y vuelo, fenece en su pura corporeidad, para seguir existiendo como el rastro divino de lo más humano.

Los hombres pasan, pero Virgilio levanta el corazón del último estío. Virgilio, orientación de flor, melodioso, dulce oficio de panal.

(La abeja nocturna nace harta de savia, lánguida de cansancio. No obstante, enviciada, persigue la miel que las otras cuajaron por la mañana).

Alexis, Corydon, Tircis y Amynatas siguen pastoreando en los predios del tiempo. Ora la mística, femenina e íntima grey de San Juan de la Cruz, en su noche nemorosa; ora el círculo de llamas que, con su vida, van encendiendo los hombres nuevos, para que Dios los divise desde el cielo y, al recordar que los creó junto con la naturaleza, les dé una lenitiva inconsciencia o una absoluta claridad.

Es la paz en Dios que entrega el campo a Fray Luis de León. Por eso lo alaba tan confiado el monje. Su honda e incontrastable placidez se difunde y, como agradecida, la naturaleza melífica su sangre y se une en sus salmos al Creador.

Cuanta generación de balbuceo, cuanta trova incipiente, cuánto lirisimo fermentado fueron necesarios para preparar la frase de Amiel. El paisaje es un estado de alma. Cuántos sacrificios de musas fueron indispensables para que Samaín comprendiese que la tierra de Francia tiene una fisonomía casi personal, una sugestión propia, y no prende el canto del que no adivina su canto antes de la poesía...

Son esos tres poetas, tan distantes, los que resuenan en el espíritu al leer el libro de este poeta nuestro que, consciente de amar inconscientemente una vida que se le iba, quería ser, ya en el polvo, raíz, savia y flor. «Porque estaba cansado de verse en lo que era».

La bondad lo hacía trinar como pájaro. Y era aquel su más álgido «desgarramiento sensitivo».

Extraño panteísmo el de esta criatura, panteísmo que habla de

creación y pierde la mirada en un Dios arcano...

El Libro.

Como pueden un libro o muchos libros contener a todo el nombre que derramó su espíritu nora por hora, que aromó de indefinible encanto la memoria de sus amigos e infundió poesía a todo lo que no se puede exaltar y entra fatalmente en el olvido!

La muerte cumple un encargo misterioso cuando se lleva al artista adolescente. Desde su seno envía al mundo, convertido en reverencia y adivinación, lo que él no alcanzó a decir y que ya estaba dicho en el fondo de su ser.

El libro (1) trae las ofrendas de sus amigos. Una, del puro, del admirable poeta Jorge González Bastías, cuyas estrofas transcribimos al principio. Hemos citado también dos versos de la ofrenda de Jerónimo Lagos Lisboa, que es una joya de inspiración y delicadeza. Las otras, muy inteligentes y sentidas, son de Juan Marín y de César Bunster. Carlos Acuña escribió un prólogo lleno de observaciones interesantes, con profundo cariño.

En *Nourritures terrestres*, André Gide, que es una elevación mental de la sensación, apunta uno de sus más sutiles y probables estados de ánimo. Dice: «Mon bonheur est fait de ferveur. Je sais de jours où me repéter que deux et deux fassent encore quatre, sufficait a m'emplir d'une certaine béatitude. Et

(1) Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1931.

la simple vue de ma main sur la table... A travers indistinctement toute chose, j'ai éperdument adoré.»

El autor de *Poemas de la tierra y otros poemas* vivió en un trance semejante frente a la naturaleza y los hombres. Trance inefable por ser tan mínimo. Sus versos nos devuelven la vida sencilla. Y esto es raro y grato en la época que vivimos.
— *Carlos Valtier B.*

DESAMOR, por *Jules Remember*.
Montevideo, 1931.

Poeta, auténtico poeta de égloga sencilla y emocionada este lírico uruguayo que nos fuera hasta ayer desconocido totalmente. Sabe hallar, y decir con artística sencillez, la belleza de las cosas humildes y de las horas intrascendentes.

Ninguna rosa, ninguna luz, nin-
[guna estrella.
Ningún navío, ningún mar, nin-
[gún puerto.
Apenas un pinar oscuro... Una
[novia purísima.
Y el viento.

Estrofas llenas de sugerencias—don reservado a los grandes poetas—sin rebuscamiento ideológico ni formal, echa a rodar su canto agreste, hoy que los ruidos mecánicos han invadido hasta la estrofa de vanguardia, y es difícil distinguir la palabra de un poeta *ista* de la sierra inmisericorde que derrumba el bosque nativo.

Clara conciencia artística la de Jules Remember, que con este li-